

Lola  
Lafon

**CUANDO ESCUCHES  
ESTA CANCIÓN**

Traducido del francés por María Teresa Gallego Urrutia

Título original: *Quand tu écouteras cette chanson*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Stock, 2022

© de la traducción: María Teresa Gallego Urrutia, 2023

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1148-407-7

Depósito legal: M. 17.012-2023

Printed in Spain

Es ella. Una silueta en la ventana que surge de las sombras, una chiquilla. Se asoma, con la mano en la barandilla, atraída sin duda por un rumor de risas en la calle: el de una elegante comitiva de vestidos de raso y de trajes grises.

Se vuelve, parece estar llamando a alguien: es una boda, ven, ven a ver. Insiste, con un ademán de la mano, impaciente; vuelve a llamar, que acuda alguien, rápido. Es tan bonito ese tornasol de las telas, ese lustre de los moños. Es ella, en el segundo piso de un vulgar edificio, una silueta menuda que entra en la historia, al azar de un movimiento de cámara.

Está viva, da saltitos en el sitio, esa a quien solo conocemos inmóvil, en fotos en blanco y negro. Tiene doce años. Le quedan cuatro de vida.

Son las únicas imágenes animadas de Anne Frank. Imágenes mudas, las de una breve película de aficionado rodada en 1941, seguramente por familiares de los novios. Siete segundos de vida, apenas un eclipse.

Cuánto se la quiere a esa muchacha judía que ya no existe. La única muchacha judía a quien se quiera tan locamente. Anne Frank, la hermana imaginaria de millones de niños, que, si hubiera sobrevivido, ahora tendría la edad de una abuela; Anne Frank, la eterna adolescente, que hoy podría ser hija mía; ¿tenemos para siempre la edad en que hemos dejado de vivir?

Anne Frank, a quien la gente conoce aunque no sepa gran cosa de ella. Una imagen, la de una muchacha pálida, cuyo pelo sujeta con mucha formalidad un pasador, sentada ante su pequeño secreter, con una estilográfica en la mano. Un símbolo, pero ¿de qué? ¿De la adolescencia? ¿De la Shoah? ¿De la escritura?

¿Cómo calificar su célebre diario, que todos los escolares han leído y que ningún adulto recuerda de verdad? ¿Es un testimonio, un testamento, una obra literaria? La de una adolescente encerrada para no morir, cuyas palabras no pueden estarse quietas.

La de una muchacha que no va a poder más que subir y bajar unas escaleras, menos de cuarenta metros cuadrados por recorrer durante setecientos sesenta días.

Anne Frank, a la que se dedicaron canciones, poemas y novelas, réquiems y sinfonías. Su cara se reproduce en sellos, en tazas y en pósteres, su retrato protagoniza grafitis en las paredes y se graba en medallas. Su nombre orna la fachada de cientos de escuelas y de bibliotecas, se le dio a un asteroide en 1955, sus escri-

tos se incluyeron en el registro de la Memoria del Mundo de la Unesco en 2009, junto con la carta magna.

Anne Frank, quien en el verano de 2021 estuvo a la orden del día en todos los noticiarios neerlandeses; en Ámsterdam, unos manifestantes contrarios al pasaporte sanitario enarbolaron su retrato y entonaron: «Libertad, libertad».

Anne Frank, venerada y pisoteada.

El 18 de agosto de 2021 pasé la noche en el Museo Anne Frank, en el Anexo.

Vine a experimentar el espacio, porque el tiempo no se puede. Es imposible concebir cuánto pesan las horas, qué densidad tienen las semanas. ¿Cómo imaginar veinticinco meses de vida de ocho personas escondidas en estas exiguas habitaciones?

Así que voy a pasar toda la noche yendo de una habitación a otra. Iré del cuarto de sus padres al cuarto de baño, del desván al cuartito de estar compartido, contaré los pasos de los que disponía Anne, tan pocos pasos.

¿Cómo llamarla? Le digo «Anne», pero con esa falsa intimidad me siento a disgusto. No puedo decir «Anne», hay algo que me lo impide y que, durante esa noche, se materializará en la imposibilidad de ir a su cuarto. Entonces digo «Anne Frank», igual que se pasa lista, igual que se recuerda a la exalumna brillante de un centro escolar fantasma. Tres sílabas.

La noche me la figuraba semejante a un retiro, a un silencio. Imaginaba la noche propicia para acoger la ausencia de Anne Frank, me preparaba para ponerme al diapasón del vacío, para recibirlo.

Me equivoqué. La noche estaba habitada, la iluminaban reflejos; en el corazón del Anexo, se hallaba aún agazapada una urgencia con la que había que dar.

En este mes de mayo de 2021, Ámsterdam, igual que París, está aún parcialmente confinada. La conversación con el director del museo, Ronald Leopold, tendrá lugar por pantallas interpuestas. Es una conversación determinante; solo él puede autorizarme a pasar una noche en el Anexo. Charlamos de esto y de aquello, una forma de trabar conocimiento. Aunque se alegra del eco que halla aún la historia de Anne Frank, el director lamenta que esa adoración por la muchacha le haga sombra a su obra, la de una autora prodigio.

Hay quienes vienen todos los años, desde hace décadas, a recogerse en su cuarto. Dejan cartas, peluches, rosarios, velas. No es infrecuente que alguna visitante del museo se niegue a irse del Anexo, convencida de ser la reencarnación de la muchacha.

Que alguien se identifique hasta ese punto deja perplejo al director. Llamarla por el nombre, como hacen algunos de sus colegas, también le da apuro.

Por supuesto que trabajar a diario en el museo crea una proximidad con ella, pero Anne Frank no es ni una pariente ni una amiga.

A este respecto, no tiene intención alguna de someterme a un cuestionario, pero a Leopold le gustaría saber qué representa para mí.

Hago como si mi proyecto lo impulsara algo racional. Adopto un tono desapegado, hablo de mi trabajo, de las muchachas que están en la entraña de mis novelas: todas ellas se enfrentan al espacio que les permiten tener. Todas ellas también han visto cómo sus palabras las volvían a interpretar, las volvían a escribir unos adultos.

Improviso.

No me atrevo a decirle la verdad por temor a que Ronald Leopold me tome por una iluminada obsesionada con Anne Frank. No puedo explicarle que este proyecto de escritura es un deseo que yo misma no entiendo. Me persigue desde que se materializó, hace unas semanas.

Una noche de abril, tres sílabas, que pronuncio quizá durante el sueño, surgen de la infancia: Anne Frank.

No me he acordado de ella los días anteriores, no he leído nada de ella. Apenas si me acuerdo del *Diario*. Su nombre prevalece sobre la noche. Anne Frank es el objeto de mi despertar, el tema que nada disipa en los siguientes días. Retumba con algo de lo que no soy consciente.

No puedo confesarle al director que no sé qué es para mí, pero que tengo que escribir este relato.

Incluso a través de una pantalla se debe de notar mi incomodidad. Ronald Leopold me tranquiliza, no



hay necesidad alguna de que le conteste en el acto. Esa misma noche le mando un correo electrónico. Seguramente mi deseo de meterme en este proyecto tiene razones «objetivas»: igual que a muchos niños, mis padres me regalaron el *Diario*; empecé a escribir para imitarla. Mi madre, de niña, estuvo escondida durante la guerra. Soy judía. Pero creo que todo esto no tiene importancia, o al menos no basta para explicar la voluntad de escribir este texto. Concluyo mi correo con una evasiva, citando a Marguerite Duras: «Si supiéramos algo de lo que vamos a escribir antes de hacerlo, antes de escribir, nunca escribiríamos. No valdría la pena». No tarda en llegar la respuesta: Ronald Leopold me propone que tenga una entrevista con una profesora de universidad ya jubilada.

Laureen Nussbaum es una de las últimas personas vivas que conoció bien a los Frank y es también una pionera: lleva estudiando el *Diario* como obra literaria desde los noventa